

# NEW LEFT REVIEW 102

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2017

## ENTREVISTA

HAZEM KANDIL El Egipto de Sisi 7

## ARTÍCULOS

ROB WALLACE Y  
RODRICK WALLACE Las ecologías del Ébola 45

EFRÁÍN KRISTAL *Facundo* y la novela 59

ANTONIO GRAMSCI JR. Mi abuelo 69

LESZEK KOCZANOWICZ El caso polaco 79

FREDRIC JAMESON Badiou y la tradición francesa 100

## CRÍTICA

FRANCIS MULHERN La idiosincrasia de Burke 120

KATE STEVENS Un ecoinconformista 133

ANDERS STEPHANSON La senda hacia el globalismo 143

NANCY HAWKER Lecciones para fisgones 155

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

**ts**  
**td** traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

## INTRODUCCIÓN A ANTONIO GRAMSCI JR.

Que Gramsci tuvo una familia en Rusia es un hecho bien conocido. Sin embargo, durante muchas décadas después de su muerte, no se ha tenido conocimiento fehaciente y contrastado del destino de la misma, así como de la relación que Gramsci mantuvo con ella antes o durante su encarcelamiento. Con la caída de la URSS, la apertura parcial de los archivos oficiales arrojó nueva luz sobre este lado de la vida de Gramsci. La fuente más rica de información ha sido en este sentido su nieto Antonio, nacido en 1965, que en la charla que publicamos a continuación describe cómo quedó fascinado por la figura de su abuelo durante una visita a Italia a principios de la década de 1990, y cómo, al regresar a su casa en Moscú, se dispuso a reunir toda la documentación que pudo encontrar. Ésta consistía principalmente en la extensa correspondencia de la familia Schucht. Giulia (1896-1980), bolchevique y madre de los dos hijos de Gramsci, era una de las cinco hijas; su hermana Eugenia (1889-1972), también comunista, la precedió brevemente en los afectos de Gramsci en Rusia, y Tania (1887-1940), otra de las hermanas, se convirtió en el leal apoyo de Gramsci en Italia durante su encarcelamiento. En su libro *La storia di una famiglia rivoluzionaria* (2014), Antonio Gramsci júnior reconstruye la notable historia de la familia Schucht desde finales del periodo zarista —cuando Lenin, un amigo de la familia, fue padrino de otra de las hermanas— hasta los tiempos poststalinistas, cuando Giulia tuvo que acudir a Jrushchov para la readmisión de Eugenia, que había servido en una ocasión como secretaria de Krupskaya, en el partido. La familia logró eludir lo peor de los años más oscuros que transcurrieron entre medias. Giuliano (1926-2007), el hijo más joven, recordaba que «incluso en los años de la trágica persecución y sospecha generalizada» la familia vivió sin ser molestada por las autoridades, y eso era algo que él se inclinaba a agradecer al líder italiano del partido, Togliatti (el mismo Togliatti que, tal y como se quejaba Giulia, consideraba los cuadernos de notas de su marido propiedad del partido, y que albergaba alguna intención de llevarse a alguno de los hijos de vuelta a Italia —cualquiera de ellos— como muestra viviente de la continuidad entre su partido y el de su padre). El nieto alude al contraste entre las personalidades y trayectorias de su padre y de su tío, Giuliano y Delio (1924-1982); describe un encuentro, del que poco se sabía hasta ahora, entre Gramsci y Lenin; y desmiente algunas de las leyendas que han ido apareciendo sobre los últimos años de Gramsci. Lo hace, tal y como se ocupa de dejar claro, no simplemente por lealtad familiar, sino por el despertar de su conciencia política: la consternación de alguien, hasta entonces poco preocupado por la política, ante la corrupción de la intelligentsia rusa y la degradación de la vida pública durante los regímenes postsoviéticos de Yeltsin y Putin. Contra éstos, y todas sus consecuencias, la obra de su abuelo es una inspiración viva.

ANTONIO GRAMSCI JR.

## MI ABUELO

**A**NTES DE LA caída de la Unión Soviética mi abuelo era para mí algo borroso, una figura envuelta en la leyenda<sup>1</sup>. La culpa de esto la tenía mi padre, Giuliano, que era un gran romántico –un músico talentoso y compositor, además de estudioso de historia del arte, especializado en literatura y poesía del Renacimiento italiano–. Su autor preferido era Leopardi. Era como si mi padre tratara de ocultarse entre los clásicos, no sólo por sus predilecciones naturales, sino también porque el siglo XX, de cuyos terrores él había sido un testigo directo, era el lugar de unos recuerdos tan dolorosos. De entre ellos, el peor era sin duda el de la pérdida del padre, al que no llegó a conocer pero al que tanto añoraba. A pesar de toda su educación y devoción filial, era alguien enteramente desprovisto de sentimiento político, alguien que solía decir: «Maldita política, ¿por qué tuvo que dejarse atrapar por la política? ¿Por qué no haría caso a su profesor, Bartoli, que le aconsejó que se hiciera lingüista, cuando vio lo prometedor que era en ese campo?»<sup>2</sup>. «Pero papá», replicaba yo en broma, «¡si lo hubiera hecho tú no estarías aquí!».

Delio, su hermano mayor, era muy diferente. Coronel de la armada, instructor de balística y miembro del Partido Comunista de la Unión Soviética, tenía grandes ambiciones políticas. De su correspondencia familiar, recientemente recuperada, se desprende claramente que, durante la guerra, Delio consideró seriamente trasladarse a Italia para convertirse en un líder de la Resistencia. Quería participar en la creación

---

<sup>1</sup> Este texto se publicó por vez primera en Angelo d’Orsi, (ed.), *Inchiesta su Gramsci*, Turín, 2014, y se basa en una charla que tuvo lugar en el Teatro Vittoria de Turín, el 20 de enero de 2012.

<sup>2</sup> Matteo Bartoli (1873-1946), dialectólogo, durante muchos años profesor de lingüística en la Universidad de Turín.

de la futura armada italiana, pues creía que Italia, tras la caída del fascismo, sería socialista. Delio quería impulsar la causa por la que su padre había dado la vida. Puede ser que estas ambiciones fueran alentadas por Togliatti, quien, además de organizar un flujo continuo de asistencia para la familia, en aquel periodo mantuvo una correspondencia regular para el hijo mayor de Gramsci<sup>3</sup>. Muchos años más tarde, cuando nuestro tío venía de visita, yo me convertí en testigo involuntario de las disputas, a menudo acaloradas, entre los hermanos Gramsci, dos hombres tan distintos el uno del otro. La verdad es que no recuerdo nada de aquellas discusiones, pues yo era entonces muy joven (tenía 17 años cuando murió Delio en 1982) y estaba muy alejado de la política.

Con frecuencia iba con mis padres a casa de mi abuela Giulia Schucht, que hasta 1980 vivió en la residencia para ancianos bolcheviques en Peredélkino, en las afueras de Moscú. Aunque obligada a estar en cama, conservó plenamente sus facultades mentales hasta el final y se interesaba vivamente por la vida de los familiares y por todo lo que sucedía en el mundo. Sin embargo, no guardo memoria de ningún momento en que mi abuela se abandonara espontáneamente a los recuerdos de mi abuelo. Esto sólo lo hacía en raras ocasiones, en las cartas a los parientes italianos y en el curso de entrevistas. Mientras vivía aún en nuestra casa, organizó, junto con su hermana Eugenia, una especie de museo de los efectos personales de Gramsci. Se trataba de una gran estantería de cuatro estantes y puertas de vidrio, donde se exponían varios objetos: entre otros, un tapete tradicional sardo, la cubertería de madera fabricada por el propio Gramsci y una petaca. Recuerdo que aquellos viejos objetos eran para mis ojos curiosos un alimento inagotable para los juegos de la imaginación. La mayoría fueron donados por nuestra familia, a finales de la década de 1970 o principios de la siguiente, a la casa Gramsci en Ghilarza, pero en casa conservamos algunas cosas a modo de reliquia familiar, tales como el cenicero que mi abuelo, fumador empedernido, tuvo junto a él hasta el final; o el volumen de *Il principe* de Maquiavelo, obra que fue siempre una fuente de inspiración para el autor de los *Quaderni del carcere*.

Hace ahora veinte años se desplomaba la Unión Soviética, que, con todos sus defectos, grandes y pequeños, representaba el baluarte del socialismo real y, paradójicamente, contribuía a atenuar las contradicciones

---

<sup>3</sup> Palmiro Togliatti (1893-1964) sucedió a Gramsci como secretario general del PCI, y dirigió el partido hasta su muerte.

del propio capitalismo occidental. Recuerdo que fue precisamente en aquel período cuando comenzó mi primera aproximación verdadera a la figura de mi abuelo. Con ocasión del centenario del nacimiento de Antonio Gramsci, el PCI y la Fondazione Istituto Gramsci organizaron para mí y para mi padre un viaje a Italia, que duró cerca de seis meses. Tuve ocasión de frecuentar casi todos los lugares estrechamente relacionados con la vida de Antonio Gramsci, de Cerdeña a Turi. Una de las experiencias más emocionantes de este peregrinaje fue el concierto para los detenidos de la cárcel de Turi, interpretado por mí junto a Francesca Vacca, hija del profesor Giuseppe Vacca. En aquellos meses, repletos de otros tantos acontecimientos interesantísimos, me dejé inundar por la cultura italiana y tomé conciencia de la importancia de mi abuelo. De vuelta en Rusia, lleno de entusiasmo, comencé a estudiar sistemáticamente la lengua italiana y, sobre todo, a leer lo poco que de Gramsci se había publicado en ruso. Luego, en la década de 1990, mi interés por el pensamiento gramsciano fue creciendo cada vez más, en parte porque a través de las obras de Gramsci trataba de entender lo que había sucedido en mi país. Precisamente gracias al pensamiento de mi abuelo comprendí con claridad el papel destructor que han jugado nuestros intelectuales, autores del proceso molecular de transformación de la opinión pública en favor del nuevo régimen, que ha favorecido la depredación de Rusia, un proceso que comenzó ya en los años de la *perestroika*. No me convertí en un experto en Gramsci (soy biólogo y músico), pero mi perspectiva mental cambió sensiblemente. Y, hablando de nuestros días, puedo decir que, precisamente en este período histórico turbulento, creo que sería muy necesario que en mi país sonara la voz de un intelectual del calibre de Antonio Gramsci, que podría unir varias corrientes, hoy divididas y poco creativas en el plano ideológico, y que a duras penas podría definir como fuerzas de oposición, en un único «bloque histórico», potencialmente capaz de construir una apropiada línea estratégica en la lucha contra las fuerzas opresoras del nuevo régimen, corrupto y cínico, que lleva ya dos décadas instaurado en Rusia.

Con todo, la etapa decisiva de mi acercamiento a la figura de mi abuelo se sitúa en la década de 2000, cuando en el ámbito de la colaboración con la Fondazione Istituto Gramsci emprendí las indagaciones sobre la historia de la familia rusa de Antonio Gramsci. No sabía entonces que aquellas tentativas, un tanto tímidas y dispersas, se iban a transformar en una verdadera investigación: con ella espero haber aportado mi pequeña contribución a la reconstrucción, ya sea de la historia de mi

país, ya sea de la vida de mi abuelo. De hecho, la familia de mi abuela paterna, Giulia Schucht, estaba estrechamente comprometida tanto en la una como en la otra<sup>4</sup>. Por una parte, se trataba del precedente histórico, muy interesante, que se dio cuando una parte de la *intelligentsia* rusa de extracción aristocrática rechazó, en nombre de la revolución, su propio origen social, y, distanciándose de los «prejuicios» de clase, trató de integrarse en el nuevo sistema de valores. Por otra parte, la familia Schucht dejó una fuerte impronta en la vida de mi abuelo, tanto en el plano personal como en su formación política. De hecho, esta familia singular fue el vehículo de su estrechísimo vínculo con la Rusia revolucionaria. Y, a mi modo de ver, algunos episodios muy importantes de la vida de Antonio Gramsci, que dicho sea de paso no se prestan a una fácil interpretación, están precisamente ligados a Rusia.

Me gustaría referirme a estos episodios, que son objeto de las investigaciones que estoy llevando a cabo con la ayuda de la Fondazione Istituto Gramsci de Roma. Son importantes, tanto para la reconstrucción de la vida de Antonio Gramsci como para el trabajo específicamente dirigido a la edición de sus obras completas, actualmente en curso.

El primer episodio se centra en la relación de Gramsci con Lenin. Gracias a las investigaciones realizadas en los archivos soviéticos, ya a principios de la década de 1970 se sabía que en 1922 tuvo lugar un encuentro personal entre el jefe de los bolcheviques y el futuro líder de los comunistas italianos. La entrevista se celebró el 25 de octubre en el Kremlin, en el estudio de Lenin. En el protocolo publicado por primera vez en 1972 en las *Cronache biografiche di Lenin*, se hace un elenco de las cuestiones que trataron los dos políticos; cuestiones que son de gran importancia: la especificidad del sur de Italia, la situación en el seno

---

<sup>4</sup> El padre de Giulia, Apollon (1861-1933), era hijo de un general zarista con antecedentes sajones; accedió a la aristocracia probablemente en reconocimiento a sus méritos. Contrajo matrimonio con Julia Hirschfeld, hija de un distinguido abogado judío de Ucrania. Fue un populista ya desde sus años de estudiante, encargado de organizar células clandestinas revolucionarias en el ejército. Arrestado al mismo tiempo que el hermano de Lenin, Alexander, en 1897, fue enviado al exilio a Tomsk, Siberia occidental, y después a Samara. A su regreso a Petersburgo aproximadamente seis años más tarde, Apollon pronto decidió desplazarse con la familia al extranjero, primero a Suiza y luego a Francia e Italia, donde permaneció hasta 1916. De vuelta en Petersburgo, se unió a los bolcheviques a principios de 1917. Eugenia, que ya residía allí, y Giulia, que le siguió poco después, se unieron al partido en septiembre de aquel mismo año. Al igual que ellas, su padre ocuparía puestos retribuidos en el nuevo Estado. Las hermanas conocieron a Gramsci en 1922.

del Partido Socialista Italiano y la posibilidad de la fusión de éste con el Partido Comunista. En la época en que el volumen de las *Cronache* se encontraba aún en preparación, allá por 1972, mi padre recibió el encargo del Instituto del Marxismo-Leninismo de buscar, con la ayuda de los comunistas italianos, otros informes de aquel encuentro histórico. La única carta que se halló en relación con ese episodio fue la de Camilla Ravera, que, aparte de contener la descripción detallada del encuentro, que el propio Gramsci le había referido a ella, formulaba una hipótesis muy audaz: la de que probablemente fue precisamente aquel encuentro el que determinó la decisión de Lenin de apoyar a mi abuelo como líder de los comunistas italianos, prefiriéndolo a Bordiga, que, con su mentalidad rígida y sectaria<sup>5</sup>, suscitó en el jefe del proletariado mundial una cierta desilusión. Pero, ¿por qué no describió la propia Ravera este episodio en sus memorias, publicadas pocos meses después? ¿Por qué se les ha escapado a todos los biógrafos de Gramsci, e incluso a un autor eminente como Giuseppe Fiori<sup>6</sup>. ¿Y por qué el propio Gramsci no hace nunca mención de ello, en ninguna carta ni en ningún artículo, a pesar de toda su admiración por Lenin y los fuertes vínculos de amistad que unían a la familia de Giulia Schucht con la de Ulianov? No está excluido que ese extraño silencio se debiera a la modestia y corrección de mi abuelo en relación a Amadeo Bordiga. De hecho, Antonio Gramsci, a pesar de sus divergencias políticas, tuvo siempre una gran estima por el verdadero fundador del Partido Comunista, por no hablar de su amistad personal. Pero tal vez la explicación no sea tan simple ni tan lineal.

El segundo episodio tiene que ver con los intentos de liberación de Gramsci. También aquí, a pesar de todas las investigaciones de los mejores estudiosos (querría recordar en este punto el libro de Giuseppe Vacca y Angelo Antonio Rossi, *Gramsci tra Mussolini e Stalin*, 2007), no se ha podido aclarar con absoluta certeza la verdad. Investigando en nuestro archivo familiar, tampoco he encontrado nada significativo. Según la hipótesis más plausible, a pesar de la significativa ayuda material que se le prestó al prisionero, las autoridades soviéticas no hicieron nada serio por liberarlo de la cárcel fascista. Se limitaron a replicar la ferviente actividad en la que estaba también absorbida Tatiana Schucht, probablemente manipulada, que se veía obligada a realizar infinitas gestiones administrativas, que en

---

<sup>5</sup> Camilla Ravera (1889-1988), política y miembro fundador del Partido Comunista de Italia. Amadeo Bordiga (1889-1970), cofundador y primer líder del PCI.

<sup>6</sup> Giuseppe Fiori, *Antonio Gramsci: Life of a Revolutionary*, Londres, 1971; ed. orig.: *Vita di Antonio Gramsci*, Bari, 1966; ed. cast.: *Antonio Gramsci: vida de un revolucionario*, Madrid, 2015.

realidad no servían para nada. Pero tampoco esta explicación parece del todo satisfactoria. Una ulterior aclaración sólo será posible tras una cuidadosa investigación en el archivo de Stalin, hasta ahora inaccesible.

El mayor misterio tiene que ver con los últimos meses de la vida de mi abuelo, desde finales de 1936 hasta su muerte. A pesar de todas las investigaciones realizadas, no existe hasta ahora una respuesta exhaustiva a esta pregunta, muy simple pero importante desde el punto de vista histórico-político, además de biográfico: ¿qué pretendía hacer una vez recobrada la libertad plena? En torno a este interrogante se han acumulado numerosos documentos, testimonios e hipótesis, a veces puramente especulativos. Según una de las hipótesis, que comparten algunos estudiosos actuales, Gramsci quería obtener de las autoridades italianas el permiso para expatriarse en la Unión Soviética, a fin de reunirse con la familia y tal vez continuar la lucha política. A mi modo de ver, esta afirmación, que se basa sobre todo en el testimonio de Piero Sraffa, tiende a simplificar un tanto la realidad<sup>7</sup>. Para una reconstrucción más verosímil de los hechos ha sido de gran utilidad la correspondencia de Tatiana de aquel periodo, que he encontrado recientemente en nuestro archivo familiar, así como los documentos que el profesor Silvio Pons (director de la Fondazione Istituto Gramsci de Roma) ha logrado desenterrar en el Archivo del Estado de Rusia a principios de la década de 2000, estos documentos han ofrecido una imagen más compleja. Según estos últimos, a finales de 1936 y principios de 1937 los representantes de los servicios de seguridad soviéticos, el NKVD, le pidieron a Gramsci que les dijera todo lo que sabía acerca de los trotskistas italianos. Insistieron durante dos meses. La respuesta de Gramsci fue la siguiente: establezcan buenas relaciones con los funcionarios italianos de la embajada y sabrán todo lo que hay que saber al respecto. Sospechaba una nueva provocación. En este punto surgen espontáneamente las preguntas siguientes: las autoridades soviéticas, ¿querían condicionar la posible vuelta de Gramsci a Moscú a su enrolamiento en los servicios secretos o, en todo caso, a su disponibilidad para colaborar con ellos? ¿O querían simplemente advertirle, indirectamente, de que él mismo era aún sospechoso de trotskismo, desde el momento en que (en octubre de 1926) escribió la famosa carta dirigida al Comité Central del PCUS en defensa de Trotski?

Sea como fuere, parece que fue precisamente en aquel periodo cuando Gramsci escribió la carta a la familia residente en Cerdeña, en la cual

---

<sup>7</sup> Piero Sraffa (1898-1983), economista neoricardiano y amigo íntimo de Gramsci.



pedía a los suyos que le buscaran urgentemente una habitación en Santu Lussurgiu, tal y como recordaba su sobrina Edmea Gramsci. Pero, ¿qué pretendía hacer en Cerdeña? El 24 de marzo de 1937, en una carta a Eugenia, Tatiana escribe: «Antonio piensa que sería mucho más fácil escapar de Cerdeña que de otra parte Italia. No podemos ir hablando por ahí, o empezarán los rumores». ¿Cómo interpretar este episodio? Tal y como sostiene con razón el profesor Vacca, Gramsci difícilmente habría sido capaz de una acción de fuga. A mi modo de ver, en este caso mi abuelo quería advertir indirectamente a las autoridades soviéticas de que no pretendía permanecer en Italia para retirarse para siempre de la vida política, como había hecho algunos años antes Amadeo Bordiga. Es posible que el testimonio de Sraffa, según el cual Gramsci quería obtener la expatriación, haya servido al mismo propósito. En cualquier caso, Sraffa había tenido ocasión de ver a Gramsci en 1936 y de comunicarle las últimas noticias sobre el gran proceso celebrado en Moscú, que concluyó con la condena a muerte de estrechos colaboradores de Lenin, algunos de ellos acusados de ser trotskistas. La reacción de Gramsci fue el silencio, el «*no comment*», que probablemente ocultaba desaliento e indignación. A pesar de todo, prefirió callar para no comprometerse ni él mismo, ni comprometer a sus familiares. De la correspondencia de Tatiana (y no sólo) se desprende también que las condiciones de salud de mi abuelo en aquel periodo eran verdaderamente desesperadas y que él era plenamente consciente de ello. También esta circunstancia habría impedido su eventual traslado a Rusia. En lugar de esta opción, lo que quería era que Giulia viniera a visitarlo con los hijos antes de morir, tal y como testimonian las cartas de Tatiana. Por todo ello, basándome en todos estos razonamientos, he llegado a la siguiente reconstrucción de toda esta historia. Hasta principios de 1936 Gramsci proyectaba, en efecto, la expatriación en la Unión Soviética, pero a partir de finales de aquel año y en adelante, con el agravamiento tanto de su salud como del clima político ruso, del cual Piero Sraffa había sido testigo y los agentes del NKVD en cierto sentido mensajeros, cambió drásticamente de planes y prefirió la perspectiva de retirarse en su tierra natal, como sostenía Giuseppe Fiori.

Mi relación con mi abuelo va más allá del interés por su vida y pensamiento. Como nieto y, en cierto sentido, discípulo, siento el deber de defender su memoria, así como la causa por la cual dio la vida, de especulaciones y manipulaciones de cualquier género. Como es sabido, en los últimos tiempos se han intensificado las tentativas de contraponer a Gramsci al movimiento comunista e, incluso, de hacer de él una víctima del comunismo, un argumento particularmente recurrente

en no pocos publicistas italianos, desde Massimo Caprara a Giancarlo Lehner<sup>8</sup>. Se habla así, por ejemplo, del supuesto abandono de Gramsci, durante sus años de cautiverio, por parte del Partido bolchevique soviético y de su familia rusa. Al decir de Lehner (2008), fue el Ministerio del Interior italiano quien pagó los costosísimos cuidados de Gramsci en el periodo que media entre 1934 y su muerte. Ahora, después de haber dado recientemente con la correspondencia de Tatiana con la familia en aquel periodo, sabemos con certeza que no fue así. De hecho, Giulia enviaba regularmente sumas importantes a Tatiana para la medicación del marido, dinero seguramente proporcionado a la familia por las autoridades soviéticas.

No quiero enumerar aquí todos los despropósitos (Giulia Schucht, enviada por los servicios secretos soviéticos para seducir a Gramsci; Tatiana Schucht, cuñada de Gramsci, encargada por los mismos servicios de vigilar al prisionero; la familia Schucht, que no educaba a los hijos de Antonio Gramsci de acuerdo con el pensamiento del padre, etcétera), que se han acumulado estos últimos años a partir de las fantasías de Massimo Caprara, el ex secretario de Togliatti, y que llegan hasta la afirmación del reverendo Luigi De Magistris de la conversión de Gramsci en su lecho de muerte, y al testimonio de una anciana, en el pasado también ella paciente en la clínica Quisisana, según el cual mi abuelo se habría suicidado tirándose por la ventana o que, incluso, habría sido asesinado.

¿Serán estos en verdad los últimos mitos sobre mi abuelo y sobre nuestra familia? De hecho no, como he podido constatar hace poco tiempo, cuando en una librería de Roma me he topado con el nuevo libro de Bruno Vespa (2010). Debo precisar que hace cuatro años tuve ocasión de escribir un artículo crítico sobre el libro precedente de este respetable periodista, titulado *L'amore e il potere* (2009), donde el capítulo dedicado a mi abuelo se basaba, precisamente, en las absurdas afirmaciones de Caprara. Consciente del interés genuino que el señor Vespa siente por Gramsci, comencé a ojear el gran volumen, en busca de cualquier

---

<sup>8</sup> Massimo Caprara (1922-2009), periodista del PCI, escritor, político y funcionario; tras pasar veinte años como secretario personal de Togliatti se alineó durante un tiempo con el grupo de *Il manifesto*, para luego virar hacia el catolicismo, renunciando a su pasado comunista y convirtiéndose en un publicista del centro-derecha. Giancarlo Lehner (1943), prolífico publicista de la derecha y ferviente anticomunista, estrechamente asociado a Silvio Berlusconi. Aquí la referencia es a su libro *La famiglia Gramsci in Russia*, Milán, 2008.

material nuevo sobre mi abuelo. Y sí, lo encontré inmediatamente: pude comprobar con amargura que todos mis esfuerzos por desmentir la mitología sobre mi abuelo (he escrito dos libros, muchos artículos y dado varias conferencias sobre el tema) han resultado inútiles. De hecho, en el nuevo volumen de Vespa he leído, por ejemplo, que las cartas de Tatiana Schucht a la familia no llegaron desde Roma a Moscú antes de 1922, porque habrían sido interceptadas por la embajada rusa. Si el señor Vespa hubiera estudiado mejor la historia, habría sabido que antes de 1924 la embajada soviética en Roma simplemente no existía, y que las cartas no se expedían a través de las embajadas, sino que viajaban con el servicio postal. No quiero cansar al lector con la descripción de otros sinsentidos, los cuales abundan en el capítulo sobre Gramsci (y probablemente en todo el libro, el cual, a pesar de mi pasión por los ensayos divulgativos de historia, finalmente opté por no adquirir).

Si he dedicado tanto tiempo al caso de Vespa es para mostrar que la mitología sobre Gramsci (y no sólo sobre él) sigue proliferando en el ámbito más general de degradación cultural que, reforzada por la manipulación de las conciencias y perpetuada por los medios de comunicación, crea el clima que Hermann Hesse, en su famosa novela *El juego de los abalorios*, llamaba la «época del folletín»: una era absurda, donde la creatividad y la auténtica investigación eran sustituidas por citas recíprocas. Y creo que es nuestro deber –como militantes, estudiosos, intelectuales y también como simples ciudadanos– combatir estas tendencias maléficas, si queremos sobrevivir, con dignidad, en «este mundo grande y terrible».